



ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN LA LUCHA POR LA JUSTICIA

Josep Ma Rambla

Es ya sorprendente ver unidos *fe* y *justicia*. Pero lo es más todavía ver unidos *justicia* y *espiritualidad*. Porque durante mucho tiempo la *espiritualidad* ha sido para el común de los cristianos un fenómeno sin color y escasamente interesante, alejado de la vida y de las preocupaciones agudas de los hombres. Parece, con todo, que ahora se produce un cierto cambio. Incluso aparece una novedad: este resurgir no se limita a los ámbitos tradicionalmente más afines a la vida espiritual, sino que se extiende a otros que durante muchos años se han mostrado distantes de la espiritualidad cristiana más usual. En efecto, hoy presenciamos, de una parte, nuevas formas de vida monástica, el movimiento de renovación carismática, una avalancha de corrientes espirituales orientales, etc. Y, por otra parte, se aprecia también un serio interés por la espiritualidad en las comunidades populares, en el mundo obrero, entre los militantes políticos de izquierda, en las luchas de liberación del tercer mundo, etc.

Es obvio, sin embargo, que nos hallamos ante un hecho que se presta a múltiples interpretaciones y que incluso parece colmado de ambigüedades. Es preciso, pues comenzar el presente capítulo averiguando el sentido de la espiritualidad cristiana. Una vez cumplido este paso, examinare-

Tomado del libro *La justicia que brota de la fe*, Editorial Sal Terrae, Santander 1982.

mos cómo la fe vivida en la lucha por la justicia puede ser una experiencia espiritual. Sin embargo, la justicia está tan enraizada en la misma fe que al profundizar en el concepto de espiritualidad cristiana nos introduciremos en el análisis de la experiencia espiritual de la lucha por la justicia.

1.- ¿QUE ES LA VIDA ESPIRITUAL CRISTIANA?

Llevados por el Espíritu

Iniciamos la reflexión con un principio obvio, aunque de hecho muy olvidado en la práctica: espiritualidad viene de Espíritu Santo. Porque la espiritualidad cristiana es la prolongación en la existencia humana de la acción del Espíritu, "Señor y dador de vida". Este principio nos obliga a salir de la perspectiva demasiado estrecha que centra la espiritualidad en la *interioridad* o la hace derivar de la actividad del *espíritu del hombre*. No son, por tanto, espirituales sólo unas determinadas actividades o algunas zonas de la existencia, sino todo aquello que se halla iluminado, marcado o conducido por el Espíritu de Jesús.

Ahora bien, el Espíritu no obra suprimiendo la entidad de las cosas, sino dándoles consistencia y sin ceñirse sólo a campos determinados de la vida. Incluso si comparamos la misión del Espíritu con la del Verbo, veremos que mientras el Verbo sustituye la persona de Jesús de Nazaret y se manifiesta a través de él, el Espíritu, en cambio, anima a aquellos seres a los que se comunica, escondiéndose en ellos. El Espíritu Santo es la persona de la Trinidad menos *aparente* y más *transparente*. El símbolo del *viento* (ruah, pneuma) expresa muy bien la naturaleza de la acción del Espíritu: muy real, pero invisible y sólo perceptible a través de aquello que es movido por él. "El aire sopla donde quiere; oyes el rumor, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va" (Jn 3, 8). El Espíritu marca con su propio *estilo* todo aquello que recibe su impronta y a la vez queda escondido en ella. Como el estilo de un cuadro que no es posible distinguirlo de los colores y de las formas. El Espíritu Santo es "una poesía sin palabras" (Paul Evdokimov). No es, pues, nada extraño que el carácter personal del Espíritu Santo aparezca en la Biblia de una forma muy discreta y que a menudo sea presentado median-

te el adjetivo *espiritual*, es decir, como la cualidad de los seres que anima.

Y ¿qué señal deja el Espíritu? Infunde *la vida* tanto al hombre (Jn 3, 38) como a todo el resto de *la creación* (Rom 8, 22). Porque el Espíritu es el don total y, por tanto, nos comunica la vida de Dios y nos lleva a convertir nuestra vida en don para los demás. No destruye ni absorbe nada de lo que toca, sino que reconstruye y da a luz una figura nueva en el seno de todo lo que es viejo o que, simplemente, recibe su acción. Ahora bien, este nuevo nacimiento no es un impulso ciego que se impone fatalmente al cristiano, sino que en él están comprometidas la libertad y toda la interioridad del hombre: la disponibilidad para comenzar la vida y la historia, la lucidez para descubrir los obstáculos a la acción del Espíritu, el coraje para luchar... La vida espiritual es un "nacer de arriba" (Jn 3, 7), pero a la vez es una vida *desde dentro*.

Hablar, pues, de espiritualidad no es sólo hablar de una *parte* de la vida, sino de *toda* la vida; es referirse a una *cualidad* que el Espíritu imprime en los seres a los que se comunica, más que a un *añadido*; es tratar fundamentalmente de la *acción bajo el impulso del Espíritu Santo*, una acción que compromete la conciencia y la libertad del hombre.

Una aproximación semántica

Como decía antes, una de las cosas que manifiesta la naturaleza de la acción del Espíritu Santo es que en el N.T. es presentada bajo la forma del adjetivo calificativo "espiritual". El Espíritu *califica, marca*, es el *estilo* de Dios que aparece en sus obras. Ahora bien, la evolución del adjetivo "espiritual" desde su sentido original, con los cambios y erosiones a través de los años, nos ilustrará con más claridad sobre el sentido de la espiritualidad cristiana.

El término paulino *pneumatikós*, que identifica la acción del Espíritu Santo en la vida de los creyentes en el Señor Jesús, muy pronto significó simplemente la *vida cristiana* (v. 1 Cor 2, 13-15; 9, 11; 14, 1). Cuando en el cristianismo primitivo aparece la traducción latina *spiritualis*, o bien *spiri-*

tualis, se mantiene la significación de *vida cristiana* correspondiente al original griego. Entre los siglos V y VI se extiende el sustantivo *spiritualis*. Nos movemos todavía en la misma línea de significación: la *spiritualitas* es el *vivir cristianamente*. Durante estos primeros siglos cristianos no faltan ciertamente los que entienden mal la vida espiritual o equivocan el camino: los gnósticos valoran exageradamente el papel del conocimiento en la vida cristiana, otros insisten desmesuradamente en fenómenos entusiásticos y extáticos, etc. Y también con el paso del tiempo se va tomando conciencia y se analiza con detalle el papel del esfuerzo humano en la tarea espiritual. Casiano, el maestro clásico de la vida espiritual, hablará de la *militia spiritalis* y de los *spiritalia studia*. A pesar de todo, la antigüedad cristiana dejó bien sentado que la *espiritualidad* deriva de la acción del *Espíritu Santo* en la vida de los que creen en Cristo, que alcanza la *totalidad de la existencia* y que, aunque el hombre ha de esforzarse en responder a la obra del Espíritu, sin embargo es el Espíritu quien tiene la plena iniciativa. Se es espiritual en la medida de la propia participación en el Espíritu Santo.

Este sentido amplio y rico del término *espiritual-espiritualidad* se mantiene fundamentalmente igual a través de los siglos, a pesar de que se va enriqueciendo con los aspectos morales y psicológicos que le añade el monacato, sobre todo desde Casiano. Sólo desde el siglo XVI, y particularmente desde el XVII, se intensifica la cara más subjetiva e intimista de la espiritualidad: la relación personal con Dios, el centramiento en los fenómenos de la conciencia, el distanciamiento del mundo y de la sociedad, una actitud muy recelosa respecto al cuerpo y a las cosas materiales, etc.

Esta visión panorámica nos permite contemplar cómo en sus orígenes, y a lo largo de buena parte de su historia, la espiritualidad cristiana no es la tarea privativa de un tipo de cristianos, digamos especialistas, ni tampoco un aspecto particular de nuestra vida. La vida espiritual abarca toda la existencia del cristiano, es decir, "todo el hombre y todas sus actividades, mediante las cuales el hombre como cristiano corresponde a todas las mociones de Dios. Y no consiste solamente en las prácticas de piedad,

sino que ha de informar y dirigir toda nuestra vida, individual y comunitaria, y también todas nuestras relaciones con las demás personas y realidades" (Congregación General XXXI de la Compañía de Jesús, Decreto 13, n. 5). Es obvio, pues, que partiendo de esta concepción de la vida espiritual, la lucha por la justicia, que es manifestación del amor, tiene en ella una cabida absolutamente legítima. Esto aparecerá de forma todavía más convincente y clara en el apartado siguiente.

Algunas dimensiones significativas de la acción del Espíritu

A fin de captar mejor el sentido de la espiritualidad cristiana y a fin de entender más claramente su relación con la lucha por la justicia, es preciso analizar algunas de las dimensiones más importantes de la acción del Espíritu en el mundo. Porque se comete con frecuencia el error de atribuir al Espíritu Santo y a su acción las cualidades del concepto común de espíritu. Sin embargo, la Biblia, cuando emplea el término *espíritu* para hablar de Dios, introduce en el vocablo toda la riqueza de contenido sobre Dios y su acción en el mundo, que nos ha descubierto la revelación divina.

Experiencia de Dios. "El Espíritu lo penetra todo, incluso las profundidades de Dios... y nosotros no hemos recibido un espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios" (1 Cor 2, 10.12). El lenguaje queda corto, pero es preciso afirmar inmediatamente que toda vida según el Espíritu lleva a trascenderse y desbordarse, es una experiencia de Dios, absoluto e incondicionado. El hombre experimenta que "supera infinitamente al hombre" (B. Pascal). Porque, "si tenemos la vida del Espíritu, ¡vivamos del Espíritu!" (Gal 5, 25). La vida espiritual tiene algo de extático, no la podemos reducir y empuqueñecer a la medida de nuestros límites creaturales. Con todo, precisemos inmediatamente: ni la acción más propia del Espíritu lleva a la pérdida de la conciencia -los transportes extáticos son los dones menos valorados por Pablo en 1 Cor 12-14- ni la experiencia de Dios significa negación o alejamiento del mundo ni de la historia humana. Dios trasciende el mundo

y la historia, pero *desde dentro* y no *desde el margen*. Mas aún la experiencia teologal no es ninguna especie de *aristocracia del espíritu*, como si fuera el privilegio de *gnósticos* o fuertes (sabios, entendidos, élites, espíritus cultivados...) Porque nada hay tan grande ni tan elevado que pueda alcanzar la grandeza de Dios. Y a la vez, nada hay tan pequeño e insignificante donde Dios no pueda hacerse encontradizo. Ahora bien, desde la parte humana, el signo que muestra que uno se abre realmente al Espíritu de Dios es la capacidad de ponerlo todo en juego para un Dios que se nos entrega y actúa en nuestro mundo: "Sólo hallamos a Dios donde lo dejamos todo para entregarnos a este mundo... cuando se expone la propia vida hasta el punto de perderla, cuando se deja el propio país". (Van Broeckhoven).

Integración. Una de las tentaciones más típicas de la vida espiritual es la sectorialización, es decir, el hecho de confiarla a una zona parcial de la existencia. Por ejemplo, ciñéndola a la vida íntima, a la oración, al espíritu, a la vida de la Iglesia, etc., y no extendiéndola a las relaciones sociales, a la acción, al mundo material, a la cultura, a la economía, a la política, etc. De ahí que sea preciso alimentarse continuamente de la enseñanza bíblica y empaparse de su doctrina sobre la acción universal del Espíritu (v. por ej. Rom 8, 9.11.21; 1 Cor 6,19; 15,44). En efecto, la concepción bíblica sobre el ámbito de la acción del Espíritu se aparta tanto de la manera corriente de pensar (que contrapone espiritual-material) que llega incluso a hablarnos, paradójicamente, de un *espíritu carnal*, que es como decir *anti-espiritual* (v. Col 2, 18; 1 Cor 3, 3; Gal 5, 19-21), y también de una *materia espiritual* (v. 1 Cor 15, 44; Gal 5, 22-23). La acción del Espíritu es, pues, integradora del mundo material e inmaterial. Su capacidad de recibir el influjo del Espíritu es lo que hace que estas realidades puedan llegar a ser espirituales. A pesar de que esta visión globalizadora no ha sido durante muchos años la dominante, tiene, sin embargo, raíces muy hondas en el pensamiento más tradicionalmente católico. En concreto la antropología de Santo Tomás de Aquino otorga una parte sustancial no sólo al espíritu, sino también a la materia: el hombre se individualiza en la materia; no existe la división interna entre un intelecto para la contemplación

de Dios y una *razón* para el conocimiento y construcción del mundo; el hombre es tan solidario del cosmos que no ha de superar su existencia en el mundo para conseguir su perfección, sino que se realiza en la construcción del mundo. En resumen, la materia tiene toda la dignidad necesaria para entrar en la espiritualidad. San Francisco de Asís desde hace ocho siglos y Teilhard de Chardin más recientemente, son buenos testimonios de ello. Por tanto, es el hombre, *por entero*, quien, al acoger al Espíritu de Dios, se hace espiritual.

Alteridad. Esta característica de la acción del Espíritu es muy manifiesta en todo el N.T. El Espíritu obra en el otro, pero no encierra al hombre en sí mismo. El amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu. Este mismo Espíritu construye la unidad enriqueciéndola con la variedad de dones. Nos introduce a una fraternidad humana que tiene a Cristo como hermano mayor. También es el mismo Espíritu quien, como fuerza expansiva y misionera, impulsa a los creyentes (v. Rom 5, 5; 1 Cor 12; Rom 8, 14-15. 29; Jn 20, 21-23). El punto culminante de la obra del Espíritu en nosotros será el de transformarnos en *soma pneumatikon* (v. 1 Cor 15, 44-46). Porque, como *soma*, el hombre es capacidad y anhelo de comunicación con los demás. Una tendencia sin embargo, que se halla violentada por la acción del pecado, *la carne*, en nosotros. Sólo el Espíritu puede lograr la comunicación verdadera, porque él mismo es comunicación y amor sin límites. Cuando el Espíritu haga de nosotros *soma pneumatikon* seremos *persona plenamente comunitaria*. La experiencia del Espíritu se manifiesta, pues, siempre como apertura y no como introversión, y menos todavía como individualismo. Toda la prolongada tradición cristiana en sus mejores testimonios (a pesar de las deformaciones que también se han producido) lo confirma abundantemente. El hombre espiritual ha de recordar siempre que "si te atrae el desierto, Dios prefiere más a los hombres" (Madeleine Delbrel).

Historización. El Espíritu condujo a Jesús al servicio de los demás con hechos y con palabras. Hechos y palabras que no se ciñeron, sin embargo, al recinto de unas relaciones humanas profundas, pero privadas. La compasión que la

multitud despertaba en Jesús (v. Mc 6, 34; 8, 2) nos descubre cómo Cristo no se movía en el terreno del "tú a tú", sino también en relación con los sujetos colectivos, en el campo de la vida pública y con repercusiones evidentes en la historia de su tiempo. El Reino de Dios, centro del mensaje y de la actividad de Jesús, es el ideal hacia el cual se dirige la transformación de la historia. Anunciando el Reino y trabajando para hacerlo avanzar es como Jesús se nos muestra hombre espiritual (v. Lc 4, 18-21). En Jesús de Nazaret se unen la tradición mística, de alejamiento, y la tradición profética, de compromiso en la historia. La dimensión mística, sin embargo, es informada por la dimensión profética. Siguiendo, pues, el camino de Jesús, el cristiano no sólo podrá ser *espiritual* en la medida en que se deje conducir por el Espíritu a la creación de la historia de hoy como Jesús hizo con la de su tiempo. Se trata de un dinamismo creador, de una interacción entre el hombre y el mundo, de una intervención en el curso de la sociedad y en toda su red de relaciones y estructuras. A consecuencia de esto, la vida espiritual está marcada por el futuro y la esperanza. Al hombre espiritual le corresponde promover una historia nueva según el Espíritu de Dios. Porque "el Espíritu Santo es el sujeto divino de la historia" (Jürgen Moltmann).

Conflictividad. Hay que subrayar, finalmente, que la espiritualidad cristiana es conflictiva, porque con excesiva facilidad se toma la paz como señal del espíritu; una paz que no tiene, sin embargo, nada que ver con la paz que proporciona el Espíritu. Un maestro espiritual tan experto en el discernimiento como Ignacio de Loyola es muy cauteloso y enseña que la paz (y todas las demás manifestaciones de la *consolación espiritual*) es ambigua y consiguientemente hay que saber distinguir bien la paz auténtica de la falsa (Véanse, por ejemplo, las dos primeras "reglas de discreción de espíritus" en los *Ejercicios Espirituales*, nn. 314-315). No podemos olvidar que el Espíritu que impulsó a Jesús al desierto le condujo ya desde aquel momento por caminos conflictivos: las opciones implicadas en su resistencia a las tentaciones; la definición pública en la sinagoga de Nazaret; la predicación y los milagros; el enfrenta-

miento a la hipocresía y a la manipulación religiosa; incluso el distanciamiento doloroso de las concepciones excesivamente estrechas del pueblo... En resumen, la vida, la palabra y la acción de Jesús, que culminaron en el Calvario, muestran claramente que el Espíritu le condujo por vías de contradicción. La espiritualidad cristiana, pues, que no es otra cosa que el seguimiento de Jesús bajo la guía del Espíritu, ha de recorrer un itinerario semejante.

Hay tres hechos que producen sobre todo esta conflictividad: promover la *justicia* del Reino de Dios en una sociedad injusta; hacer que esta justicia sea la *de Dios*, que exige sobrepasar las concepciones y tendencias limitadas connaturales al hombre; combatir las *fuerzas antievangélicas*, que tienen gran fuerza en nuestros corazones. En este sentido, la espiritualidad cristiana, aunque es espiritualidad de vida y de resurrección, es también -¡y precisamente por ello!- espiritualidad de cruz. Una cruz que no surge de nuestros proyectos "espirituales", sino que nos sale al encuentro en el curso del seguimiento. Buena parte de las páginas más brillantes de la espiritualidad cristiana, desde los tiempos de Juan el precursor, se han escrito en las cárceles. A esta "nube de testigos se añaden hoy tantos y y tantos que en América Latina y en el resto del mundo "son perseguidos por causa de la justicia". También actualmente espiritualidad y martirio van unidos: "da tu sangre y recibirás el Espíritu", decía una sentencia antigua.

La opción por los pobres, clave de bóveda de la espiritualidad cristiana

Los aspectos de la espiritualidad que acabamos de analizar constituyen el marco formal de la espiritualidad cristiana. Con todo, dejan todavía a la vida espiritual sin un rostro concreto, no le proporcionan el color de un contenido determinado. La espiritualidad de Jesús de Nazaret, sin embargo, es bien clara y definida: "el Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la buena noticia a los pobres" (Lc 4, 18).

Todas las dimensiones de la acción del Espíritu antes descritas hallan en la relación con los pobres su realización concreta. La *experiencia de Dios* pasa a través de la

mediación de los pobres (Mt 25, 31-46). La acción del cristiano en favor de los pobres ha de *integrar* la gran variedad de elementos que componen la trama de nuestro mundo, desde las cosas más materiales hasta las más elevadas. Jesús lo enseña cuando, llevando a los hombres a la plenitud de la vida de Dios, les ayudaba también en sus necesidades físicas y terrenas. El amor a los pobres y la entrega a su causa evita que la exigencia de *comunión* que produce el Espíritu no se reduzca a un cultivo privado y tal vez plácido de las relaciones humanas y arrastra la comunión hacia un compromiso muy concreto, con toda la riqueza del amor cristiano desinteresado y generoso, hasta dar la vida. La espiritualidad, que ha de insertarse de manera concreta en la *historia* de nuestro tiempo, halla en los pobres el lugar desde donde optar, luchar y construir. Esta opción por los pobres, finalmente, convierte la espiritualidad cristiana en una espiritualidad de la *cruz*. Porque los que mantienen la docilidad al Espíritu de Cristo, que es "buena noticia para los pobres", sin buscar el conflicto, experimentarán la suerte dolorosa de los oprimidos de la sociedad, con los que Cristo se identificó.

El Espíritu dirige, pues, a los cristianos hacia los pobres y desvalidos de la sociedad, de manera que la vida espiritual, a pesar de ser universal, acaba por ser claramente *asimétrica*. Es decir, tiene un polo de atracción: la opción preferencial por los pobres, que es lo mismo que decir la lucha por la justicia.

Espiritualidad cristiana y justicia

Después de esta descripción de las líneas generales de la espiritualidad cristiana, se ve muy claramente que la justicia no le es en absoluto ajena. Explicando, pues, algunos puntos referentes a la conexión espiritualidad-justicia, podemos formular estas conclusiones:

1) La justicia es interior a la experiencia de Dios, porque es la forma de amar en un mundo injusto, es la forma de buscar el Reino de Dios, es la manera de corresponder al Dios que se nos ha revelado en relación al mundo, a los hombres y a la historia, liberando, redimiendo, salvando.

2) La opción real por la justicia ha de marcar incluso el campo de la vida interior de los cristianos como experiencia de la fe en el Dios liberador revelado en Jesús: la imagen de un Dios con nosotros y que nos abre a los demás, que escucha el clamor de los pobres y nos envía a ellos; sobre todo, el amor que conduce a la *Kénosis* de la pobreza y de la debilidad como valor supremo: los pobres como criterio fundamental de discernimiento; el estilo de vida de Jesús, el *hombre espiritual* como norma de todas las espiritualidades cristianas (incluso las "contemplativas") y de sus condiciones de vida (estructuras, relación con la sociedad, régimen de pobreza, etc.). Estos y otros rasgos han de dejar su impronta en la vida interior de los cristianos.

3) Rotundamente, la espiritualidad o es espiritualidad por la justicia o no es cristiana. A consecuencia de esto, al redefinir la espiritualidad cristiana hemos descrito de hecho una espiritualidad de justicia.

2.- LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL EN LA LUCHA POR LA JUSTICIA

Estructura de esta experiencia espiritual

El "buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6, 33) es una formulación unificadora de la existencia del cristiano. Esta expresión, además, lleva a su culminación el "buscad a Dios", *leit motiv* de la espiritualidad del A. T. Y toda la gran variedad de formas que toma el mandamiento nuevo del amor en el N.T. es también un eco de este carácter unificador de la vida cristiana centrada en el amor concreto a los hombres. Amor que, en la actual situación del mundo, pasa necesariamente por la lucha en pro de una sociedad más justa según el evangelio, la busca del Reino de Dios.

Podemos, pues, afirmar que la estructura esencial de la experiencia espiritual en la lucha por la justicia consiste en un *proceso de unificación de toda la existencia en la búsqueda eficaz de la justicia del Reino de Dios*. Expongamos los componentes de esta definición:

1) Se trata de una experiencia de *unidad personal* frente a

la dispersión exterior y la disgregación interior que amenaza constantemente al hombre. Sin embargo, esta unidad es más un proceso, un irse haciendo, una construcción, que no una realidad ya del todo conseguida. Pero es preciso subrayar que la experiencia espiritual comporta algún grado de unidad personal.

2) A la vez, hablamos de *integración* de las diferentes dimensiones de la realidad: individuo-sociedad, mundo interior-realidades exteriores al hombre, privado-público, oración-acción... De alguna manera se vive una cierta *totalización*: abarcarlo todo, unirlo todo, someterlo todo a la acción del Espíritu de Dios.

3) Como auténtica vivencia del Espíritu, todo lo marca Dios, que tiene la iniciativa absoluta de todo. Ahora bien, Dios llama y envía desde el corazón de la historia: una historia mal hecha -injusta- que es preciso rehacer. El centro, pues, unificador e integrador es el Dios que hemos de buscar incondicionalmente *procurando que reine su justicia*.

4) Finalmente, esta búsqueda de la justicia hay que colocarla en el plano del *compromiso real*, que tiende a la eficacia. No basta un sentimiento profundo de solidaridad que no se traduzca en hechos reales de solidaridad. Por ejemplo, es insuficiente un estilo de vida que, aunque surja de una seria intención de ayudar a los demás, en la práctica ignore a los hombres que sufren en sus circunstancias concretas de opresión o injusticia. Esto no supone, sin embargo, la necesidad de una acción externa, y menos todavía una militancia determinada. Y, con todo, esta espiritualidad es, de una forma u otra, decididamente militante. Y aquí es donde estriba, paradójicamente, la vivencia esencial de gratuidad, el hacerse como niños, el reconocerse como siervos inútiles... Porque los esfuerzos más generosos y mejor dirigidos hacia la consecución del Reino de Dios nunca podrán llegar a ser un medio proporcionado a la llegada del Reino. Y se puede afirmar que el humor, en su sentido más auténticamente profundo, es una buena traducción práctica de este aire que el Espíritu infunde en el compromiso cristiano.

"Estamos pasando, a través de una noche dolorosa y nece-

saría, desde un modelo dualista de vida espiritual (vida interior-acción social) a una forma más unitaria, totalizadora y trascendente (Espíritu-totalidad de aquello que existe), en un proceso histórico y conflictivo". (F. Urbina). Vemos pues, cómo el centro y la fuerza de esta manera de vivir está más allá del binomio clásico contemplación-acción y se halla en el dinamismo operante de la fe animada por la caridad. Porque esta fe es a la vez intención de la plegaria y llamada al servicio de la acción.

Ahora bien, si consideramos cómo se realiza esta estructura de la vida espiritual cristiana en las personas que viven el compromiso por la justicia *en medio* de la sociedad, veremos una serie de rasgos que la iluminan todavía más nítidamente. A diferencia de algunas formas de vida espiritual más centradas, aunque no exclusivamente, en la interioridad, aquí la unidad de la vida va creciendo por el camino de la inserción en las realidades externas al hombre y en el movimiento de la sociedad. Esto lleva a un equilibrio interior más difícil e inestable. Pero, en cambio, la espiritualidad se enriquece con una unidad mucho más concreta, porque la constituyen situaciones muy determinadas, personas o rostros muy precisos, sucesos de la vida social cotidiana... Es, en definitiva, una unidad de vida grávida de realidades concretas. Un obrero que vive una muy intensa vida espiritual en su trabajo de una fábrica anota en su diario:

"Uno me preguntó cuál era el conocimiento más importante. Es el conocimiento de Dios, y, después, el conocimiento de los hombres; y estos dos conocimientos son uno solo. Y, finalmente, el conocimiento del mundo; estos tres conocimientos han de formar la unidad. El conocimiento ha de ser concreto, conocimiento concreto de los hombres concretos, conocimiento concreto del mundo concreto. Este conocimiento no tiene verdadero valor si no es conocimiento en el amor".

Todo junto -Dios, hombres, mundo- forman en la fe "la zarza que quema". (Van Broeckhoven).

¿Es una "experiencia" la lucha por la justicia?

Hemos visto la estructura de un vivir espiritualmente en la búsqueda de la justicia. Pero ¿cómo llega a ser una

"experiencia"? Porque, cuando hablamos de *vida* o de *experiencia* espiritual, decimos algo más que *hacer la voluntad de Dios o dejarnos llevar por el Espíritu*. De alguna manera sugerimos realidades como *relación, vivencia, contacto, percepción...*, siempre referidas a Dios. Se trata de un percibir la presencia de Dios que actúa en nosotros y por medio de nosotros y que nos atrae a la comunión con El. Esta presencia de Dios se hace sensible a través de signos y efectos como la paz, la alegría, la certeza, la claridad... Ahora bien, la *totalidad* de nuestra vida y no sólo los momentos de oración o de intimidad, ¿pueden convertirse en experiencia espiritual? ¿Puede serlo la opción y práctica del compromiso por la justicia de la manera como lo hemos descrito anteriormente?

Fundándonos en el N.T. y a la luz de lo que muchos cristianos han vivido a través de los años, podemos afirmar que verdaderamente es posible una *experiencia* espiritual en la lucha por la justicia desde la fe. Esta vivencia está formada, de una parte, por la síntesis vital de una comunión real, práctica y habitual con Dios, presente y obrante en la historia concreta de los hombres; y, de otra parte, por las resonancias que esta unión con Dios provoca en el sujeto. Veamos más detenidamente esta unidad viva.

Es necesario establecer primero que la experiencia de que hablamos es experiencia *de* Dios; no es, por tanto, una reflexión sobre Dios, sino *relación* con El. No es suficiente cumplir con lo que Dios quiere, sino que se trata de vivir la vida con alguna referencia práctica y real con aquel que es Señor del Reino que se busca. Podríamos decir que en el fondo último de la vida y de la acción del cristiano comprometido en la lucha por la justicia, cuya experiencia estamos describiendo, hay un *Alguien* que se nota. Es como un *más allá* de lo que pensamos y hacemos, que nos impulsa a buscar siempre más y más la voluntad de Dios; es una cierta *conciencia* de no encontrarnos del todo solos; es un vivir las cosas -acción, lucha, éxito, fracaso, etc- en relación con un "tú". Pero este encuentro no incluye necesariamente una reflexión, un pensamiento o una conciencia temática sobre Dios. Es un conocimiento real y vivencial más que nocional y corresponde a las categorías de encuentro o relación. Porque hay una forma de

unión con Dios que es más propia de la acción y se arraiga sobre todo en el amor. Esta forma de unirse a Dios es la que ahora consideramos.

En segundo lugar hay que afirmar también que, a fin de que la vida del hombre que lucha por la justicia del Reino de Dios sea verdadera experiencia espiritual, es necesario que este encuentro real con Dios tenga su *eco* en el sujeto. De hecho, no se halla de verdad si no resuena un eco en el corazón del cristiano. Es como una cierta transparencia de Dios y de su acción a través de sus efectos y signos. Un *sentirse* en relación con Dios. Se puede hablar de "movimientos en el alma" del que lucha por la justicia, de la misma manera que se habla de "movimientos del alma" del que reza o efectúa otra clase de prácticas interiores. Por ejemplo: paz, alegría, euforia, aumento de esperanza, etc. Y también: oscuridad, turbación, amargura interior... etc. Todo el discernimiento que -como siempre se ha dicho- es necesario aplicar a este tipo de "sentimientos" cuando uno pretende encararse con la experiencia de Dios en la vida interior, es también imprescindible al considerar las resonancias de la relación con Dios en la lucha por la justicia del Reino. Y, sin embargo, la necesidad ineludible de discernimiento no es negación de la posibilidad real de esta vivencia.

La situación rica y compleja en la que el cristiano tiene experiencia de Dios, incluso en momentos de acción intensa o de lucha encarnizada, es una de tantas manifestaciones prácticas de la densidad de la vida a que están llamados los que por el bautismo han ingresado ya en la familia de Dios, porque son "hijos de verdad". Por eso el N. T. habla a menudo de una vida entera convertida en experiencia de Dios, sin que esta experiencia quede reducida a las partes más *religiosas o sacrales* de la existencia. Pensemos sólo en algunos textos especialmente iluminadores:

- "Os pido que ofrezcáis todo lo que sois como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios, como auténtico culto de vuestro espíritu" (Rom 12, 1).
- Cuando comáis, o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios" (1 Cor 10, 31).

- "Todo aquello que hagáis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando por ello gracias a Dios Padre" (Col 3, 17).

Estos tres textos consideran la vida del cristiano en su globalidad y no sólo en alguna de las dimensiones de la vida:

- "todo lo que sois" (éste es el sentido del *ta somata* del original).
- "cuando comáis, cuando bebáis o hagáis cualquier cosa".
- "todo aquello que hagáis de palabra o de obra" (es decir, según la lengua griega, *en todo*).

Y también los tres mismos textos dicen que el conjunto de la vida, regida toda ella por el querer de Dios y en comunión con El, tiene el matiz de un encuentro vivencial con Dios:

- "sacrificio viviente, santo y agradable a Dios: auténtico culto del espíritu",
- "gloria de Dios,
- "en nombre del Señor Jesús; dar gracias a Dios Padre".

La insistencia en este tipo de expresiones, incluso cuando se habla de cosas tan banales como el comer y el beber, nos indica que *todo* puede ser vivencia espiritual, experiencia de Dios. Con mucha más razón aquella acción que, como la lucha por la justicia, toca el corazón de la vida cristiana, que es el amor a los hermanos, sobre todo a los más pobres y menospreciados. Además, al escribir a los cristianos que se hallan sumergidos en las mil tareas y responsabilidades de la vida, Pablo les desea siempre que sientan en sus propias vidas *paz, confirmación, alegría*, etc., es decir, anhela que resuene en el corazón de los cristianos la presencia de Dios, que existe y actúa en la vida de cada uno.

La historia de los cristianos que buscan a Dios principalmente en el servicio a los demás demuestra, con la convicción de los hechos, que no sólo el retiro y la plegaria, sino también los momentos ruidosos de la acción y la lucha pueden ser verdadero encuentro con Dios. Igna-

cio de Loyola, en su vida y en su enseñanza, fue uno de los exponentes más significativos de esta línea espiritual. Su formulación lapidaria es: "hay que hallar a Dios en todas las cosas". Y ello, según declaración de uno de sus amigos más íntimos e intérprete eminente, Jerónimo Nadal, "sin que dependa de la oración o del sentimiento precedente". Absolutamente coherente con esta manera de vivir y de mirar las cosas, Ignacio aplicará a la vida en su totalidad, vivida en la fidelidad a la voluntad de Dios, toda una serie de atributos que corrientemente se suelen aplicar -y desgraciadamente de forma exclusiva- a la experiencia de Dios hecha en momentos de actividad interior, de retiro, o marcados por su carácter más religioso:

- encontrar a Dios en todas las cosas;
- amar a Dios en todas las cosas;
- hallar devoción en todo;
- buscar a Dios en todas las cosas;
- gozar de Dios en trabajos y lugares distintos;
- buscar la presencia de Dios en todas las cosas;
- traer ante los ojos a Dios;
- transformar en realidad espiritual todo lo que se maneja;
- tener consolación en muchas cosas;
- servirse de todas las cosas para unirse con el Creador y Señor...

Y todavía, Jerónimo Nadal dice de Ignacio que tenía la virtud de *sentir la presencia de Dios*, de *contemplar la presencia de Dios* y *experimentar el atractivo de las cosas espirituales* ... ¡en todo!

Esta concepción de la vida espiritual abarca todas las situaciones del compromiso cristiano en sus variadas manifestaciones. Con todo, se ilumina con una luz especial si la consideramos en el cristiano que lucha por la justicia interhumana. Porque no faltan tampoco hoy los testimonios que nos lo confirman. Con matices muy diversos, reaparecen los signos más clásicos del impacto de la acción del Espíritu en la conciencia del cristiano, es de-

cir, toda la gama de vivencias que se pueden recapitular en torno a los dos polos ya estereotipados de *consolación* y *desolación*. Una mirada al amplio campo de la actualidad cristiana nos presenta hechos como éstos: *experiencia mística* en el centro de la sociedad industrial (Egide van Broeckhoven, mundo obrero); *plenitud personal y colectiva* en la lucha y la muerte (Néstor Paz, la lucha con el pueblo); *experiencia pascual* de crecimiento en la negación de posibilidades físicas para una eficacia profunda (Joan Alsina, ministerio prebiteral en el tercer mundo); *lágrimas de consolación* en la identificación con los pobres (Pere Bassiana, educación liberadora); *sentimiento de gratuidad* en la lucha y la persecución (Luis Espinal, voz del pueblo); *experiencia de fecundidad* de la propia muerte (Oscar Romero, opción preferencial por los pobres)... En el campo de los que luchan por la justicia impulsados por la fe en el Cristo, se vive el *sentimiento de contradicción* en la incompreensión por parte de los mismos compañeros, se descubre un *itinerario espiritual* (nube, montaña, noche, "nada") en el camino empinado de la liberación, se experimenta la *consolación colectiva* en la promoción del pueblo...

Las breves indicaciones precedentes -parte de una inmensa colección posible- nos muestran con claridad que el hecho de vivir hoy la fe en la lucha por la justicia puede culminar en un encuentro con Dios lleno de transparencia; puede culminar en experiencia espiritual o vida espiritual en su sentido más pleno.

Presupuestos de esta experiencia espiritual

Pienso que ha quedado bien sentado en todo lo que precede que vivir espiritualmente no es cosa fácil, sino que compromete a todo el ser. Es una forma de orientar en un sentido muy determinado -hacia el Reino de Dios- la totalidad de lo que uno es y tiene y con la más plena dedicación y entrega. Esto, obviamente, no se hace con facilidad, a pesar de que no exige ninguna preparación alambicada, privativa de personas privilegiadas que disponen de especiales recursos de tiempo o de bienes económicos abundantes. Pero, eso sí, es necesario gastar toda la riqueza del ser humano para llegar a este grado de experiencia de Dios en la lucha por la justicia.

Se requiere, primero, un *combate* intenso y constante

contra el mal. Es cierto que la historia lleva ya la impronta vivicadora de Cristo resucitado. Pero, precisamente por eso, hay que ser más sensibles a toda la inmensa serie de agresiones que amenazan esta vida tanto en el corazón del hombre como en la sociedad y en sus estructuras. Puesto que el Resucitado ha empezado ya el Reino del Padre, hay que entablar una lucha a muerte contra las fuerzas del mal que le atacan. Efectivamente, el lenguaje del N.T. habla de combate a muerte a fin de conseguir el Reino: *nekrósate* (Col 3, 5), *thanatoute* (Rom 8,13), *estaurosan* (Gal 5, 24). La guerra violenta ha de dirigirse contra un mal que actúa y se encarna en todos los estratos de la realidad, desde los más íntimos hasta los colectivos y estructurales (v. Col 3, 5; Ef 6, 10-20). De otra forma, el Reino y la experiencia espiritual de la lucha por la justicia sería pura y simplemente una ilusión.

Segundo, y en íntima conexión con este combate, hay que subrayar la importancia capital del *discernimiento cristiano*. El compromiso en una lucha en favor de la justicia se mueve siempre entre opciones de evidencia muy precaria. Tanto la orientación del compromiso como la elección de las mediaciones necesarias exigen la luz de un discernimiento hecho de acuerdo con la palabra evangélica, leída en la comunidad cristiana inserta en la sociedad. Del proceso de clarificación evangélica sobresaldrán los puntos hacia donde ha de orientarse el combate siempre necesario. Sin embargo, en una recíproca influencia de combate y discernimiento, el combate constante contra el mal ayudará también a realizar un discernimiento más auténtico, ya que liberará al cristiano de los condicionamientos que a menudo falsean los planteamientos y opciones de los que luchan. Combate y discernimiento constituyen, pues, la trama de una conducta que evita el simplismo de creer que la lucha por la justicia produce *ex opere operato* la fe. Porque, "ciertamente, los pobres y primidos son *en sí* lugar privilegiado de la presencia de Dios; lo cual, sin embargo, no significa que también lo sean automáticamente *para mí*: el *en sí* se convierte en *para mí* precisamente en el ejercicio de la fe" (Ellacuría).

El combate y el discernimiento descritos aparecen no sólo como imprescindibles, sino también como muy penetrados en el campo de la lucha por la justicia. El dis-

cernimiento lleva al combate, el combate posibilita el discernimiento. Porque es preciso ciertamente combatir el egoísmo, el odio y la insolidaridad. Pero ¿qué formas revisten en la sociedad de hoy estas actitudes tan antievangélicas? La doble perspectiva citada surge continuamente en el terreno áspero del compromiso por la justicia en la sociedad, compromiso vivido en la fe: la búsqueda de eficacia, las duras exigencias del anuncio evangélico claro y concreto, el riesgo de la denuncia, el enfrentamiento y la lucha, el cambio de mentalidad, la recreación de la plegaria, los nuevos modelos de vida en común, la persecución... Más aún, el discernimiento y el combate son necesarios no solamente en el plano individual, sino también en el plano comunitario y en el institucional. Y en cuanto a las comunidades e instituciones, si es difícil la decisión de comprometerse en la justicia, quizá todavía resulte más difícil acertar si no se tiene, conciencia muy clara de cómo condiciona el *lugar social* no evangélico en que tan a menudo se hallan inmersos los grupos e instituciones cristianas.

CONCLUSION

Hemos estudiado la vida espiritual desde un ángulo concreto, pero capital: la lucha por la justicia. No hay que infravalorar ninguna de aquellas actividades más centradas en la vida interior, sobre todo la plegaria. Es una cosa evidente y la hemos supuesto a lo largo del estudio, pero no era el objeto del presente trabajo. En cambio, hemos mostrado también cómo *todas* las actividades que un cristiano puede emprender son una posible experiencia espiritual. Más aún, el Reino de Dios, por el que lucha activamente el cristiano comprometido al lado de los pobres, ha de ser el horizonte que marque también toda la vida interior de los cristianos. Y, todavía más, la misma *lucha por la justicia* puede convertirse en centro articulador de una experiencia espiritual profunda. Todo cristiano comprometido en la tarea de construir una sociedad nueva ha de poder aplicarse a sí mismo, aunque sea de forma análoga, lo que escribía un verdadero místico que halló su lugar de experiencia profunda de Dios en el trabajo solidario de una fábrica: "Si tuviera que escoger entre la zarza ardiente y Bruselas, escogería Bruselas" (Van Broeckhoven).